

“Reencontrar a Espinosa”

María José Chaves

Diario *La Verdad*, 23 de noviembre de 1991

“Para aquellos que hemos conocido a Miguel Espinosa Gironés después de su muerte, por tanto sólo a través de su palabra, asistir a cualquier encuentro dedicado al escritor tiene un sentido muy peculiar. En íntima relación con su obra, así al menos lo presumo, pero distanciada de lo que fue el espacio y el tiempo cotidianos del hombre, me sorprende ver –primero en El Escorial, luego en Salamanca, y ahora, aquí, en su tierra murciana– cómo las palabras de Espinosa sufren una transformación antropomórfica, y aparecen, dotadas de rostro, manos, pies y lenguaje, recorriendo pasillos, sentadas a nuestro lado, disertando sobre su vida anterior, cuando eran verbo, en suma, habitando estas calles de Murcia.

Fue Gonzalo Sobejano el que alentó a adentrarme en el mundo espinosiano. Entré en él con un orden que, ahora, se me antoja acertado. Primero fue *Asklepios*, luego vinieron los *Mandarines*, después conocí a las *Tríbadas*, y por último, me adentré en sus conciencias guiada por Camilo. Por este mismo orden se me fueron encarnando aquellos nombres cuyo significado ya había fijado su creador, y que prevalecía en la nueva forma corpórea, aunque el transformado pusiera empeño en ser otra cosa, tener otro sentido. Así, en su forma corpórea, conocí a Azenaia Parzenós, de quien reconocí la melodía de su voz, que se superponía en la memoria a la de Juana; más tarde, conocí a Martino, en quien reconocí el juicio reflexivo y razonado, y también a Carmen Barberá Blesa, que me recordó sus opiniones justas y medidas, y así, sucesivamente aparecieron José Luis Martínez Valero, Francisco Montijano, Alfredo Montoya, a quien aún no conozco pero cuyo nombre en el programa de este Congreso Internacional me avisa que también recorre pasillos y calles.

Quedan Damiana y tantos otros sin rostro por aparecer. Y es imposible reconocerlos si no hay alguien que te diga: “Ésta es Damiana”. Ni una seña, ni un rasgo que permita adivinar cómo será ese nombre encarnado. ¿Será un ser alto o bajo?, ¿delgado o grueso?, ¿tendrá canas?...Porque esas características de las personas que se nos aparecen en la realidad son las que Miguel Espinosa evitó. Evitó los accidentes, evitó las descripciones, evitó el retrato y volvió a inventar el género humano al convertirlo en palabra. Palabra

que manifestaba la interioridad de unos seres que creían ser personas y que sólo eran personajes disfrazados de amigo, de padre, de profesor, de amante, y a quien un hombre llamado Miguel Espinosa, que los veía con ojos de creador, convirtió en personas únicas al nombrarlos de una manera que los revelaba y no los identificaba”.